

EL DUENDE

por Stephen King

Novela incompleta que King estaba escribiendo para su hijo Owen en el año 1983. King había apuntado en un anotador varias páginas de la historia para luego transcribirlas. Durante un viaje a California escribió aproximadamente treinta páginas más en el mismo cuaderno, que se cayó del respaldo de su motocicleta (en algún lugar de la costa de New Hampshire) en el trayecto de Boston a Bangor. Mencionó que hubiera podido reconstruir lo que se había perdido, pero que no había logrado hacerlo (por junio de 1983). La única parte que existe en la actualidad consiste en las cinco páginas mecanografiadas que habían sido transcriptas. Las cinco páginas, más una carta de tres páginas para el editor de Viking, son propiedad de un coleccionista de King.

Había una vez —ya que esa es la manera en que comienzan las mejores historias— un niño llamado Owen que estaba jugando fuera de su gran casa roja. Estaba bastante aburrido porque su hermano y hermana mayores, quienes siempre estaban pensando en cosas nuevas para hacer, se encontraban en la escuela. Su papá estaba trabajando, y su mamá durmiendo en el piso de arriba. Ella le preguntó si él quería dormir una siesta, pero en realidad a Owen no le gustaban las siestas. Opinaba que todos ellos eran unos aburridos.

Jugó un rato con sus muñecos de G.I. Joe y luego fue al patio de atrás y se columpió un rato en el sube y baja. Con el puño le dio un buen golpe a su bola botadora —¡ka-bamp!— y observó como la cuerda se enrollaba mientras la pelota giraba y giraba alrededor del palo. Vio el bate de softball de su hermana mayor tirado en el césped y deseó que Chris, el chico grande que a veces venía a jugar con él, estuviera allí para tirarle unos lanzamientos. Pero Chris también se encontraba en la escuela. Owen dio la vuelta a la casa de nuevo. Pensó en recoger algunas flores para su madre. A ella las flores le gustaban mucho.

Llegó al frente de la casa y fue entonces cuando descubrió a Springsteen sobre la hierba. Springsteen era el gato nuevo de su hermana mayor. A Owen le gustaban la mayoría de los gatos, pero Springsteen no le agradaba demasiado. Era grandote y negro, con unos profundos ojos verdes que parecían verlo todo. Cada día Owen tenía que asegurarse de que Springsteen no estaba intentando comerse a Butler. Butler era el conejito de la india de Owen. Cuando Springsteen creía que no andaba nadie por los

alrededores, saltaba hasta la repisa donde se encontraba la gran jaula de vidrio de Butler y lo observaba fijamente a través de la pantalla superior con sus hambrientos ojos verdes. Springsteen se sentaría allí, bien acurrucado, y sin apenas moverse. La cola de Springsteen se menearía un poco de un lado al otro, y de vez en cuando una de sus orejas daría un pequeño golpecito, pero eso sería todo. Muy pronto entraré allí, pequeño conejito crudo, parecía decir Springsteen. ¡Y cuando lo consiga te comeré! ¡Será mejor que lo creas! ¡Si los conejitos saben rezar, te convendría ir empezando!

Cada vez que Owen veía al gato Springsteen sobre la repisa de Butler tenía que hacerlo bajar. A veces Springsteen sacaba sus garras (aunque sabía bien que no tenía que intentar clavárselas a Owen) y Owen se imaginaba al gato negro diciendo: esta vez me atrapaste... ¿pero con eso qué? ¡Trato hecho! ¡Algún día no lo harás! Y entonces... ¡yum! ¡yum! ¡la cena está servida! Owen intentó decirle a los demás que Springsteen quería comerse a Butler, pero nadie le creyó.

—No te preocupes, Owen —dijo papá y se fue a trabajar en una novela, porque eso era lo que él hacía como trabajo.

—No te preocupes, Owen —dijo Mamá, y se fue trabajar en una novela... porque eso era lo que ella hacía como trabajo, también.

—No te preocupes, Owen —le dijo su hermano mayor, y se fue a mirar The Tomorrow People en la tele.

—¡Lo que pasa es que odias a mi gato! —le gritó su hermana mayor, y se fue a tocar The Entertainer en el piano.

Pero sin importar lo que le dijeran, Owen sabía que lo mejor sería mantener un ojo sobre Springsteen, porque era cierto que a Springsteen le gustaba asesinar cosas. Aún peor, le gustaba jugar con ellas antes de matarlas. A veces Owen abría la puerta por la mañana y encontraba un pájaro muerto en el umbral. Entonces miraba a su alrededor, y allí estaría Springsteen agazapado en la baranda del porche, con la punta de su cola oscilando ligeramente y sus enormes ojos verdes contemplando a Owen, como si dijera: ¡Ja! Atrapé a otro... y tú no pudiste detenerme, ¿no es así? Y después Owen pediría permiso para enterrar al pájaro muerto. A veces lo ayudaban mamá o papá.

Así que cuando Owen descubrió a Springsteen sobre el césped del jardín delantero, acurrucado y con la cola girando como un molinete, en seguida pensó que el gato podría estar jugando con algún pobre animalito herido. Owen se olvidó de recoger flores para su mamá y corrió hacia allí para ver lo que Springsteen había atrapado.

Al principio creyó que Springsteen no tenía nada en absoluto. Entonces el gato brincó, y Owen escuchó un gritito proveniente del césped. Divisó

que Springsteen había atrapado algo entre verde y azul que estaba chillando y tratando de escaparse. Y ahora Owen vio algo más: pequeñas manchas de sangre sobre la hierba.

—¡No! —gritó Owen—. ¡Aléjate, Springsteen! —El gato aplastó sus orejas y se volvió hacia el sonido de la voz de Owen. Sus enormes ojos verdes relampaguearon. La cosa verde y azul entre las zarpas de Springsteen culebreó y se escapó. Comenzó a correr y Owen vio que se trataba de una persona, un diminuto hombrecito que llevaba un sombrero verde hecho de a partir de una hoja. El hombrecito miró hacia atrás por sobre su hombro, y Owen notó lo asustado que estaba el pobrecito. No era más grande que los ratones que Springsteen a veces mataba en el oscuro y profundo sótano. El hombrecito tenía un corte en una de sus mejillas, producido por una de las garras de Springsteen.

Springsteen le siseó a Owen, y éste casi pudo escucharlo diciendo: ¡Déjame solo, él es mío y voy a tenerlo!

Entonces Springsteen saltó de nuevo en busca del hombrecito, tan rápido como sólo un gato puede hacerlo... y si tú tienes un gato, sabrás que puede hacerlo muy rápidamente. El hombrecito en el césped trató de escabullirse pero no lo logró del todo; Owen vio que la espalda de la camisa del hombrecito se rasgaba cuando las zarpas de Springsteen la desgarraban. Y, lamento decirlo, vio más sangre y oyó el lamento de dolor del hombrecito. Cayó dando volteretas sobre la hierba. Su pequeño sombrero hecho de hoja salió volando. Springsteen se preparó para volver a saltar.

—¡No, Springsteen, no! —gritó Owen—. ¡Gato malo!

Aferró a Springsteen. Springsteen siseó de nuevo, y sus dientes afilados como agujas se hundieron en una de las manos de Owen. Lo hirió mucho más que la inyección de un doctor.

—¡Ow! —se quejó Owen, con los ojos llenos de lágrimas, pero no dejó que Springsteen se le escapara. Ahora Springsteen empezó a arañar a Owen, pero Owen tampoco dejó que se soltara. Corrió todo el camino hasta la entrada de autos con Springsteen en sus manos. Luego dejó a Springsteen en el suelo—. ¡Déjalo en paz, Springsteen! —exclamó Owen e, intentando pensar en lo peor que podría hacer, agregó—: ¡Déjalo solo o te meteré en el horno y te cocinaré como a una pizza!

Springsteen protestó, mostrando sus dientes. Azotó la cola hacia atrás y adelante; ahora ya no sólo la punta sino la cosa entera.

—¡Y no me importa que estés enfadado! —le aulló Owen. Todavía estaba llorando un poco porque las manos le dolían como si las hubiera puesto en el fuego. Ambas estaban sangrando; una donde Springsteen lo mordiera y la otra donde Springsteen lo arañara—. ¡No puedes matar a las personas que tenemos en nuestro césped, ni siquiera cuando son pequeñas!

Springsteen siseó una vez más y retrocedió. De acuerdo, parecían decir sus ojos verdes y dañinos. Por esta vez, estamos de acuerdo. ¡Pero la próxima... ya veremos! Luego se volvió y salió corriendo. Owen regresó apresurado para ver si el hombrecito se encontraba bien.

Al principio le pareció que el hombrecito se había largado. Entonces vio la sangre en el césped, y el pequeño sombrero hecho de hoja. El hombrecito estaba allí cerca, tumbado de lado. La razón de que Owen no había logrado verlo en un primer momento fue que la camisa del hombrecito tenía el color exacto de la hierba. Owen lo tocó suavemente con un dedo. Estaba terriblemente temeroso de que el hombrecito estuviera muerto. Pero cuando Owen lo tocó, el hombrecito gimió y se sentó.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Owen.

El tipo en el césped gesticuló y aplastó sus manos contra las orejas. Por un momento Owen pensó que Springsteen debía haber herido la cabeza del pequeño, tal como lo hiciera con su espalda, y entonces comprendió que su propia voz debía sonarle como un trueno a semejante personita. El hombrecito en el césped no era mucho más largo que el dedo pulgar de Owen. Éste fue el primer buen vistazo que Owen pudo echarle al pequeño compañero que acababa de rescatar, y notó en seguida porqué el hombrecito había sido tan difícil de volver a encontrar. Su camisa verde no era del color del césped; era de césped. Consistía en hojas cuidadosamente tejidas de hierba verde. Owen se preguntó cómo no se le habían marchitado.

FIN